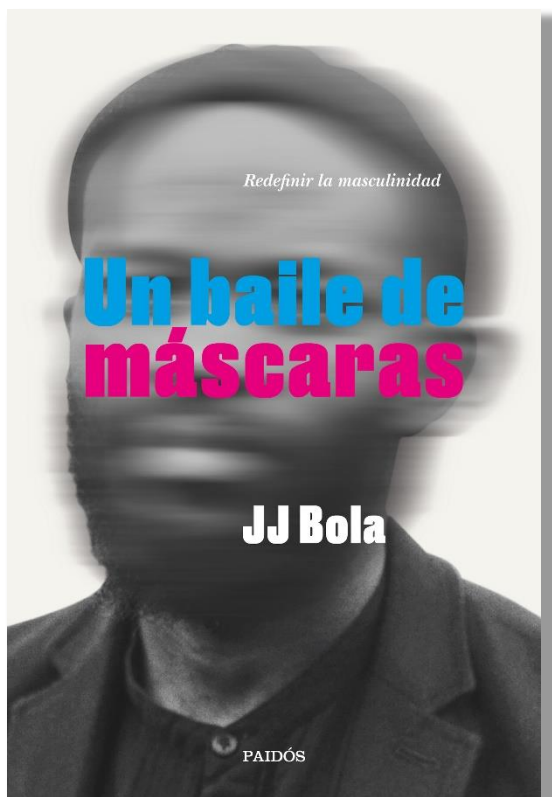


UN BAILE DE MÁSCARAS

REDEFINIR LA MASCULINIDAD

JJ BOLA



¿Qué es la masculinidad? Desde los arrebatos de Trump en Twitter hasta la violencia armada que se cobra la vida de miles de personas, pasando por las cifras de suicidios entre los hombres, o los *incel* que encontramos en Reddit y 4chan, la masculinidad que domina el mundo se percibe como «tóxica», «frágil» y «en crisis».

En *Un baile de máscaras*, JJ Bola describe la masculinidad como una representación que los hombres desempeñan a partir de su entorno social. Sirviéndose de ejemplos de tradiciones culturales no occidentales, de la música y el deporte, dirige nuestra atención hacia los relatos tradicionales sobre la masculinidad mientras destruye algunos mitos populares por el camino. Profundiza en cómo los hombres de la comunidad LGBTQ+, los hombres de color y los hombres refugiados viven la masculinidad de formas diversas, lo que demuestra su naturaleza fluida.

La masculinidad reside en el seno del amor y del sexo, del escenario político, de los deportes competitivos, de la cultura de las pandillas y de los problemas de salud mental, y *Un baile de máscaras* nos insta a que la desentrañemos y la redefinamos urgentemente.

«En lugar de hablar de masculinidad, deberíamos tratar de hablar de la idea de masculinidad en plural y referirnos a ella como "masculinidades". Así, transmitimos que la identidad masculina no es singular, que ser un hombre adopta muchas formas distintas, puesto que es algo complejo, multifacético, fluido, dinámico y en constante evolución».

p. 201

JJ BOLA

JJ Bola es autor de tres poemarios: *Elevate* (2012), *Daughter of the Sun* (2014) y *WORD* (2015), todos publicados como parte de la compilación titulada *Refuge* (2018). Su primera novela, *No Place to Call Home*, se publicó en Reino Unido en 2017 y en Estados Unidos en 2018. Fue elegido Flight Associate por la organización Spread the Word en 2017, y como académico en el programa Kit de Waal Scholar de la Universidad de Birkbeck (Massachusetts) en el campo de la escritura creativa. JJ da conferencias y actúa tanto en Reino Unido como en el resto del mundo.

SUMARIO

Introducción.

Un baile de máscaras: ser un hombre

1. «*Real Men*»: los mitos de la masculinidad
 2. «*Gang Signs & Prayer*»: violencia, agresividad y salud mental masculinas
 3. «*What's Love Got To Do With It?*»: Amor, sexo y consentimiento
 4. «*This Is a Man's World*»: la política de la masculinidad y la masculinidad de la política
 5. «*If I Were a Boy*»: igualdad de género y feminismo
 6. «*See You at The Crossroads*»: las intersecciones de la masculinidad
 7. «*Down in the DM*»: la masculinidad en la era de las redes sociales
 8. «*Slam Dunk (Da Funk)*»: la masculinidad y el deporte
- Conclusiones. «*Man in the Mirror*»: transgresión y transformación

Agradecimientos

Para profundizar

EXTRACTOS DE LA INTRODUCCIÓN

Un baile de máscaras: ser un hombre

«Una soleada tarde de sábado, en mis tiempos de adolescente —antes de las pantallas táctiles y los selfis, antes del 4G, antes de que las redes sociales conquistaran todas las dimensiones de nuestro ser—, recorría la vivaz, a menudo tumultuosa, multicultural y dinámica calle Tottenham High Road, al norte de Londres, acompañado de un grupo extenso de hombres, aproximadamente diez de mis “tíos”. No eran mis tíos de verdad; no eran parientes de sangre, sino los hombres que constituían la comunidad congoleña en la que me había criado. Los sábados, su grupo de la iglesia organizaba actividades para los jóvenes de la comunidad, como conciertos de bandas de metales u otras iniciativas culturales.

Tras acudir a una de estas sesiones de los sábados, uno de mis tíos me invitó a comer con ellos en su casa, que se encontraba justo al lado de la calle principal. Estaba desbordado por la emoción, pues me iba a dar un inesperado festín a base de *pandu*, *makemba*, *mikate* y *ntaba* (estofado, plátano macho, buñuelos dulces también conocidos como *puff puff* y cabra a la parrilla). Todo un privilegio. Recorrimos la calle principal de camino a su casa, hablando animadamente. Saltaba a la vista que era el único adolescente del grupo, ya que llevaba pantalones de chándal, sudadera con capucha y zapatillas Nike Air Force 1. Casi todos los demás iban ataviados con el singular estilo de los hombres congoleños: vaqueros de tiro alto y coloridas camisetas que se ajustaban a cuerpos poco atléticos y con barriga, prendas de marca y diseños excéntricos.

A medida que avanzábamos, empecé a sentirme muy cohibido y cada vez más consciente del grupo que me acompañaba. Conocía Tottenham a la perfección —había pasado mucho tiempo allí de adolescente y, aunque esa vez iba con un grupo totalmente distinto y con otro propósito en mente, había frecuentado sus calles a menudo—, y sin embargo me sentía cohibido porque llamábamos mucho la atención, no solo por ser un grupo grande, sino porque éramos un grupo grande de hombres de raíces africanas vestidos de forma excéntrica que hablaba en lingala a un volumen considerable. También porque nos cruzábamos con muchos otros adolescentes, y algunos se pusieron a mirarnos, a señalarnos, incluso a reírse desde lejos. Estaba seguro de que algunos me habían reconocido y traté de esconderme poniéndome la capucha. Y, ahora que lo pienso, seguramente logré el efecto contrario.

Seguimos caminando juntos, ahora divididos en grupos de dos o tres, cada uno enfrascado en su propia conversación. Yo iba cogido de la mano de mi tío, algo que es perfectamente normal en la cultura congoleña/africana francófona y que más adelante descubriría que también es común en muchas otras culturas de todo el mundo. Es una forma que tienen los hombres de crear lazos y de mostrar afinidad, así como afecto mutuo. Así es la cultura en la que crecí. En muchas ocasiones había visto a mi padre cogerse de la mano con otro hombre de la comunidad mientras hablaban o caminaban. Era algo normal, y en esas situaciones ni siquiera había reparado en ello. Sin embargo, fuera de las normas culturales de ese grupo, adquiriría un cariz ajeno y bochornoso.

Me sentí profundamente aliviado cuando giramos y dejamos la calle principal atrás en dirección hacia el complejo de viviendas públicas donde vivía el tío que nos había invitado. Había ido a su casa muchas veces, y ahora quería salir corriendo, adelantarme a mis tíos y esperarles allí. Pero cargaría con el peso de tener que explicar mi comportamiento durante mucho más tiempo del que quería o necesitaba.

Aunque seguía cogido de la mano de mi tío, empecé a respirar más tranquilo porque ya no estábamos bajo la mirada atenta de todas esas personas en la calle principal, especialmente de la de los adolescentes. Al entrar en el complejo en el que vivía mi tío comencé a sentir un vigor y una bravura renovados, pero entonces un grupo de adolescentes que estaban pasando el rato en el patio se fijó en nosotros. Nos observaban; tenían los ojos clavados en mí y en el tío de cuya mano iba cogido. En sus rostros vi toda una serie de expresiones negativas, desde confusión hasta asco.

Ya había visto a esos chavales en el complejo. Alguna vez incluso les había saludado sutilmente con la cabeza, una forma de saludo que en estos grupos denota respeto y aceptación. En estos complejos —como en cualquier complejo de bloques de pisos, zona marginal, barrio, gueto, arrabal, suburbio o como lo quieras llamar—, el respeto tiene que ver con lo fuerte que eres o, al menos, con la fortaleza que se percibe en ti, y yo había jugado a ese juego durante el tiempo suficiente como para haberme ganado su respeto. Era alto y tenía un aspecto fornido. Había empezado a hacer flexiones y pesas muy joven y parecía intimidar lo suficiente. Todo el respeto que me había ganado se disipó en un instante ante mis propios ojos en cuanto me vieron caminando cogido de la mano de otro hombre.

Quería volver a ponerme la capucha y esconderme en su interior, pero era demasiado tarde, ya me habían visto. Solté la mano de mi tío rápidamente, fingiendo buscar algo en el bolsillo, lo cual no pareció molestarle en absoluto; he aquí otro acto inútil.

—Eh, chavalote —oí que me llamaba una voz.

Sabía que me estaba hablando a mí y solo a mí. Lo miré. Sus ojos me atravesaron el pecho. Noté que me temblaban las piernas, como si me fueran a fallar las rodillas en cuanto diera un paso. El chico llevaba la capucha puesta e iba vestido con los pantalones y la sudadera de chándal Nike que todos ansiábamos.

—Vais de la manita, ¿eh? —dijo, y su pandilla se rio por lo bajo antes de partirse de risa. Todavía recuerdo el dolor, el pinchazo en el corazón. Es la misma sensación de cuando la comida picante pasa de estar buena a abrasarte la boca y te hace desear que todo volviera a la normalidad.

—No —contesté con un tono que indicaba que la sola idea me ofendía.

Alobi nini? —Mi tío quiso saber a qué venía aquella conmoción y me preguntó qué me había dicho.

—Nada —respondí con un tono cortante de desprecio—, me ha pedido la hora.

Esta no es más que una de las muchas experiencias que viví de pequeño que me llevaron a cuestionar mi masculinidad y me condujeron a reflexionar sobre aquella pregunta que supuestamente no deberíamos formular: ¿qué significa ser un hombre? ¿Por qué en una parte del mundo no sorprendía a nadie que dos hombres fueran de la mano, mientras que en otra todos se paraban y nos miraban? Me cuestionaba las emociones y los sentimientos de los hombres o, para ser más precisos, su supuesta inexistencia. Yo era un chico bastante sensible. Lloraba si estaba triste o disgustado, lloraba si me sentía feliz, lloraba de rabia. Me expresaba sin tapujos, tanto si estaba triste como si estaba alegre. Pero, a medida que fui creciendo, aquello fue cambiando. Me volví más estoico, más reprimido, más reservado; jamás permitía que nadie supiera cómo me sentía de verdad, a veces ni siquiera yo mismo. En mi interior albergaba una rabia y una furia ardientes que achacaba a los ataques de ira, al mal genio o a la incapacidad de contenerme.

Pero saltemos al presente: ¿cómo afectan a los chicos jóvenes, a medida que se convierten en adultos, nuestra forma de percibir la masculinidad y las normas culturales generalizadas que la rodean? ¿Cómo afectan a los hombres jóvenes y a los hombres más mayores que se enfrentan a una sociedad que los anima a aferrarse a la rabia que destruye las vidas de las mujeres y también las de muchos hombres? Son muchas las cuestiones que debemos plantearnos urgentemente sobre los hombres y la masculinidad de hoy en día. ¿Por qué las estadísticas representan de una forma abrumadora a los hombres como autores de crímenes violentos, especialmente en lo referente a la violencia sexual, desde el acoso hasta las violaciones? ¿Por qué el suicidio es la principal causa de mortalidad entre los hombres menores de cuarenta y cinco años, por delante de las enfermedades o los accidentes? ¿Qué podemos hacer para cambiar las cosas?»

«He visto a chicos jóvenes y a hombres adultos sufrir en silencio problemas como la ansiedad y la depresión, la tristeza y el trauma emocional, y explotar de modo agresivo contra los demás y contra sí mismos porque, en repetidas ocasiones, a lo largo del camino, alguien les ha dicho que un hombre debe ser fuerte: duro, estoico, lógico, una especie de soldado que en los momentos difíciles no sucumbe jamás a las emociones y la vulnerabilidad y que siempre se muestra indiferente ante cualquier tipo de dolor o sufrimiento. Y yo también he aprendido de mis experiencias y de la manera en la que he explorado mis propios problemas con respecto a mi masculinidad y hombría, a las preguntas que me hacía de pequeño, de adolescente y las que me surgen ahora ya de adulto, y a cómo las he gestionado, a menudo de esa forma enormemente estereotípica que adopta la represión masculina.

Esta es una de las razones por las que decidí llamar a este libro *Un baile de máscaras*. Porque a los hombres se nos enseña a ponernos una máscara, a cargar con una fachada que esconde cómo nos sentimos en realidad y los problemas a los que nos enfrentamos desde una edad temprana. Y el hecho de que la sociedad sea patriarcal en general, puesto que favorece a los hombres que ocupan posiciones privilegiadas, hace que parezca que los hombres no padecen unos problemas que en realidad también les afectan. Es una especie de arma de doble filo, una panacea venenosa, porque, en esencia, el sistema que coloca a los hombres en posiciones aventajadas en la sociedad es el mismo que les pone límites, inhibe su crecimiento y, al final, los conduce al colapso. La otra razón por la que he escogido este título es porque hace referencia a la canción *Mask Off* del rapero estadounidense Future. Dicha canción es sumamente materialista, violenta y misógina y está plagada de jactancias y referencias líricas a las drogas, al dinero y a la violencia de bandas, así como de apelativos despectivos para referirse a las mujeres (como p***, entre otros), todo ello sobre la base de una flauta melodiosa. Más tarde descubrí que esa melodía procede de una canción llamada *Prison Song* que Tommy Butler escribió para la obra de teatro *Selma*. Esta segunda canción habla sobre problemas como el racismo y la brutalidad policial y sobre el amor y la libertad durante la época de la lucha por los derechos civiles. Este contraste —dos mensajes muy distintos, a lo largo de un periodo de tiempo determinado, presentes en una única melodía— constituye una representación muy simbólica de cómo los conceptos de hombría y masculinidad han cambiado a lo largo de los años, y de lo profunda que ha sido la influencia de la música popular y de los medios de comunicación tradicionales sobre ellos.

Con *Un baile de máscaras* pretendo desenmascarar la ilusión de la masculinidad rígida y limitada que incapacita a niños y hombres a la hora de gestionar sus emociones y que los convierte en agresores y dominadores de terceras personas, ya sea de manera deliberada o inintencionada, así como ofrecer soluciones en relación con cómo los hombres pueden empezar no solo a superar sus propios traumas personales y a desaprender todo aquello que les enseñaron como verdades inamovibles, sino también a implementar cambios que permitirán que la generación que ahora está creciendo pueda desarrollarse y vivir de una forma plena, fluida y con una comprensión íntegra de lo que significa ser un hombre».

pp. 20-22

Para más información:

Paloma Cordon
934 928 633 - 699629430
pcordon@planeta.es

Guillem Duran
934 928 442
especializadas@colaborador.planeta.es